

LITERATURA GUINEANA: UNA REALIDAD EMERGENTE

DONATO NDONGO-BIDYOGO

Conferencia en Hofstra University. 3 de abril, 2006

Cuando se publicó mi *Antología de la literatura guineana* en 1984, todavía no existía ni siquiera ese concepto, y casi nadie en el mundo sabía que Guinea Ecuatorial, la única ex colonia española en el África negra, hubiera producido algo más que muerte y destrucción. A pesar de que hacía cinco años que había sido derrocado y ejecutado nuestro primer dictador, el déspota sanguinario Francisco Macías Nguema, lo único que le ‘sonaba’ a los escasos seguidores de la actualidad de tan exótico lugar era la barbarie y el caos instaurados por el sátrapa durante los diez años que siguieron a la proclamación de la independencia del país, obtenida de España el 12 de octubre de 1968. Ese libro fue tan novedoso que los medios culturales españoles lo acogieron con la indiferencia de la incredulidad, aunque, en rigor, no iba dirigido fundamentalmente a ellos, sino a mis propios compatriotas.

Casi 22 años después de su publicación, puedo sentirme humilde pero razonablemente satisfecho, puesto que se han logrado plenamente todos los objetivos propuestos. Sin ningún ánimo de regodearme en las alabanzas prodigadas por algún crítico, que ha interpretado con excesiva magnanimidad mis modestos propósitos hasta acusarme de “inventar una literatura inexistente”, cuya intención nunca he logrado desentrañar, ya que puede ser al mismo tiempo una alabanza entusiasta o un reproche velado, puedo ahora mirar atrás, hacer balance y ver con un orgullo sereno que esa *Antología* es la fuente de la que han bebido y siguen bebiendo cuantos estudiosos existen ahora en el mundo de ese fenómeno literario y cultural.

Y antes de seguir, debo expresar público reconocimiento a quienes más me ayudaron en este empeño, en particular al periodista y escritor español José Luis Castillo-Puche, fallecido

hace unos pocos años, quien empezó a difundir mis primeros escritos en sus colaboraciones periodísticas en el diario “ABC” de Madrid, en el programa de Televisión Española “Las cuatro esquinas” y en la revista “Mundo Hispánico”, que dirigió; gracias a la fe y amistad de Castillo-Puche, pude publicar por fin esa *Antología*, pues me animó a realizarla en cuanto accedió al cargo de director de la Editora Nacional, aunque el libro viera la luz unos años después, ya bajo la gestión de su sucesor, Alberto de la Puente.

Cumplido este deber de justicia, permítanme decir que ese libro pionero cumplió sobradamente sus objetivos, el primero de los cuales era, claro está, dar a conocer las por entonces escasas manifestaciones literarias de mi país, lo cual permitía insertarlo definitivamente entre los países hispánicos, conservando plenamente su peculiaridad afro-bantú. Dicho de otra manera, y sin por ello menospreciar la oralidad de la que somos los escritores africanos claramente herederos, quise situar a Guinea Ecuatorial dentro del marco de la modernidad cultural, pues habíamos abandonado, o estábamos alejándonos paulatinamente, de los modos y modelos ancestrales para adecuarnos a nuevas formas de creación y de expresión cultural.

Acabo de afirmar que el escritor africano actual es el heredero genuino de los narradores de la tradición oral, de los *griots*, y esa era, efectivamente, otra de mis propuestas esenciales: puesto que, por una serie de circunstancias, las culturas tradicionales de los pueblos guineanos ya no podían circunscribirse fundamental y exclusivamente a sus formas precoloniales, era obligado adecuar nuestra creación a los tiempos nuevos, modernizando al mismo tiempo tanto los contenidos como los modos de expresión, para romper el círculo cerrado en que podríamos haber quedado atrapados si nos conformábamos con los caminos trillados de la tradición, renunciando a la tarea de acometer las transformaciones y resituar nuestras culturas, para que fueran acordes con las exigencias de nuestra realidad presente. De la misma manera en que los artistas plásticos de mi Continente experimentaban con

materiales nuevos, realizando así una obra genuina inserta en la universalidad, los narradores y los poetas no podíamos seguir ignorando el decisivo papel de la escritura, aportada por la colonización.

Yo me confieso un humilde discípulo de Frantz Fanon, y un modesto seguidor de africanos ilustres como Kwame Nkrumah, Amílcar Cabral y Agostinho Neto, para quienes el anticolonialismo militante que indudablemente profesaron no significó necesariamente el rechazo de aportaciones esenciales de otras civilizaciones, como la técnica, la escritura y la lengua; por eso, nunca he entendido a esos intelectuales africanos que denostan las lenguas originariamente europeas en las que nos expresamos ahora los africanos, puesto que las hemos adoptado como instrumentos de liberación y de proyección hacia la universalidad; las hemos hecho nuestras, tan nuestras como las nativas africanas, y las hemos transformado, las estamos enriqueciendo, para que sirvan a nuestros intereses, uno de los cuales es la imprescindible fijación de nuestro pensamiento, de nuestros sentimientos y de nuestras emociones africanas, para dar testimonio de nuestro tiempo y conservar la memoria.

Dicen los expertos que el francés en que escribieron Amadou Kourouma o Sony Labou-Tansi no es el de París, sino el que se habla en los suburbios de Abidján o Brazzaville; que el inglés de Amos Tutuola, Chinua Achebe o Ben Okry no es el de Oxford, sino el de los obreros de Lagos; que el portugués de Luandinho Vieira o de Pepetela no es el de Coimbra o Lisboa, sino el de la gente iletrada de Luanda o Maputo; y que, como ya sucede en Hispanoamérica, el español de María Nsue y de Maximiliano Nkogo no es el de Burgos o Madrid, sino el de Malabo y Bata. ¿Por qué no reconocer entonces que la lengua, todas las lenguas, son, ante todo, instrumentos de comunicación, y lo importante es cómo y para qué se usan? No soy partidario de que los africanos regresemos a la tribu: la exigencia de nuestro tiempo es luchar por la libertad y el desarrollo, y no existe razón alguna para que tengamos que vivir hoy como nuestros abuelos y bisabuelos, que no conocieron el mundo más allá de

donde pudieran llevarles sus pies y nunca experimentaron la sensación de la velocidad porque no conocieron ni la bicicleta ni el coche, ni mucho menos el barco y el avión; reivindico para mí las ventajas de discurrir por el mundo en un tiempo en que ya no soy esclavo de nadie, en el que puedo deleitarme con los libros que leo, con la información periodística que me bombardean los periódicos, la radio y la televisión en esta sociedad de la información en la aldea global, en que puedo alejarme de mi recóndito pueblo natal y viajar por el mundo explorando otras formas de pensamiento, observando otras maneras de ver y sentir este mundo. Vivo hoy, y tengo la obligación de asumir los desafíos de mi tiempo, y no pensar ni comportarme como mis antepasados. Lo cual no significa tampoco que deba diluirme en una universalización que me prive de mi propia personalidad, que cercene mi identidad, puesto que las diferencias entre los seres humanos son garantía de su pluralidad, y no tengo por qué parecerme a un señor de Nebraska o de Oslo o de Shangai, pues quisiera conservar lo más positivo de las tradiciones de las que soy heredero. No a la globalización explotadora y alienante, no al pensamiento único. Mi propuesta es simple: el africano debe modernizar las estructuras de la tradición y asumir las ventajas de la modernidad, fundir en una síntesis armoniosa esos dos conceptos que a menudo nos presentan como antitéticos, pero que no lo son, para conseguir personas libres que piensen y vivan sus vidas de acuerdo consigo mismos, sin renunciar a sus más íntimas convicciones, que sean respetuosas con los modos de vida de los otros pueblos, sin que nadie se sienta con derecho a imponer a los demás sus peculiares estilos de vida. Pero dejemos a cada cual con sus complejos, y baste este esbozo para entender mi actitud ante determinados planteamientos, que buscan más la estridencia que la eficacia.

De manera que Guinea Ecuatorial, a mi forma de entender, y una vez salidos del trauma colectivo que supuso la década de Macías –que he novelado en *Los poderes de la tempestad*– necesitaba definir con claridad sus señas de identidad. Y esos rasgos fundamentales de

nuestra personalidad, de nuestra identidad nacional son, sin duda alguna, la fusión armoniosa de la hispanidad, adquirida a lo largo de nuestra historia, y los elementos afro-batús, heredados de nuestra tradición. Por más anticolonialistas que seamos, y ni en una sola línea de cuanto he escrito a lo largo de mi vida puede encontrarse una justificación del colonialismo –al contrario-, el hecho es que no podemos borrar la Historia y actuar como si lo que sucedió no sucedió. Esa actitud, infantil a mi modo de ver, me suele recordar a esos estalinistas soviéticos que retocaban los libros de Historia e incluso las fotografías, para borrar las huellas y las figuras de los “revisionistas” caídos en desgracia.

Esa necesidad de definir la personalidad y las señas de identidad de Guinea Ecuatorial era para mí evidente en los primeros años de la década de los 80 del pasado siglo, pero, por desgracia, se ha convertido en un imperativo ineludible 22 años después; piensen, sencillamente, en que, ahora mismo, los irresponsables que malgobiernan en Malabo andan jugueteando con cosas tan importantes como la lengua oficial del país, y sólo porque les pagan un buen dinero han metido al país en las estructuras de la francofonía, y ya ni se sabe quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde se nos lleva. En Guinea Ecuatorial también se da la paradoja, tan común en África, de que quienes se llaman a sí mismos “nacionalistas”, los partidarios acérrimos de la “autenticidad” y todos esos mitos tan falaces, son, en realidad, los epígonos del neocolonialismo.

Otro de los objetivos propuestos es que los guineanos retomáramos la fe en nosotros mismos, en nuestra capacidad de creación. La dictadura derrocada en 1979 nos dejó postrados, al borde del desfallecimiento. Lo lógico era que las energías y la esperanza recuperadas tras el fusilamiento de Francisco Macías Nguema se convirtieran en savia vivificadora que también germinara en un renacimiento cultural, en una recuperación de nuestras energías creativas. Por eso había que alentar, y orientar positivamente, esa inmensa fuerza, ese potencial de revitalización espiritual. Pero nos encontramos ahora ante un doble

hecho: por un lado, hemos recuperado la fuerza y las ganas de crear, pero estamos encorsetados por una nueva tiranía que lucha por mantenernos en la desculturización y en la opresión. Porque la ausencia de las libertades más básicas que padecemos en Guinea Ecuatorial, donde desde el poder se hace lo posible por constreñir la vitalidad del pueblo, ha llevado de nuevo a la mayoría de nuestros intelectuales al exilio, y los que por una u otra razón permanecen en el interior, o están al servicio del poder, o son ignorados o marginados. Otro rasgo de la tiranía guineana, que sigue también en esto las huellas de la primera dictadura, es que desde el poder se fomenta deliberadamente la ignorancia, se desprecia el saber, se persigue o ridiculiza a los espíritus libres. En estas condiciones, no pueden florecer ni las artes ni las ciencias.

Por todo ello, nuestra andadura intelectual no es un camino de rosas. Ya aludí a la incomprensión e indiferencia de los medios culturales españoles, que tanto miran hacia Francia, pero que no imitan a los franceses en la tarea de protección y promoción de los intereses de su lengua y de su cultura en mi Continente. Desde ciertas posturas, no se comprende nuestra posición de africanos que nos expresamos en español, y, por ello, estamos obligados a aportar a nuestro ámbito cultural y lingüístico nuestras concepciones negroafricanas, una de las cuales es la ausencia de la noción del arte por el arte. Para nosotros, el arte es utilitarista, tiene que ser útil al igual que bello. Por razones conceptuales y pragmáticas, puesto que nuestras sociedades aún están lacradas por el analfabetismo y la ignorancia, no podemos circunscribir nuestra labor a los parámetros esteticistas. Sabemos que la literatura es un arte, y, como tal, debe ser bello. Pero añadimos que también debe ser útil, para que sirva a nuestras necesidades sociales, puesto que luchamos al mismo tiempo por la construcción cultural de nuestras sociedades, contra todas las formas de manipulación, contra las tiranías que nos sojuzgan y condicionan nuestras vidas, contra el racismo, contra todas las

formas de mixtificación de la realidad. Todo ello forman los pilares esenciales de nuestra propuesta literaria.

Entonces, sobran para nosotros los fuegos de artificio, los juegos florales, esa literatura que sólo sirve para deleitar a los cuerpos bien nutridos consumidores de literatura. Puesto que somos parte de nuestra sociedad y no vivimos aislados, encerrados en una urna de cristal sólo dedicados a hedonismos narcisistas, no podemos dejar de estar preocupados por la increíble crueldad nuestros dirigentes, de sufrir junto a nuestros compatriotas las carencias materiales y espirituales, de estar junto a esas madres y esos padres que se desesperan porque les falta lo necesario para alimentar a sus hijos o darles una pastilla que aminore las fiebre palúdicas; debemos estar y estamos junto a esos niños hambrientos que no tienen ni la esperanza de comer, junto a esos millones de jóvenes que abandonan África huyendo de la miseria y cruzan desiertos y mares en condiciones penosas para alcanzar la otra orilla del mundo, donde se figuran que existe el Edén.

Como los juglares de nuestra tradición, somos los dueños del verbo, de la palabra, los intermediarios por excelencia entre esa palabra y la acción. Hurgamos en nuestras almas para exteriorizar las necesidades del cuerpo social, para hacer explícitas tanto las carencias como los anhelos, para proponer, como vehículos del cambio, esas transformaciones necesarias para la evolución, e incluso para la subsistencia. Y ese papel autoasumido, necesario en el actual estadio de nuestro desarrollo, no es suficientemente valorado por los detentadores del poderío cultural de los mundos superdesarrollados de Occidente, que sólo esperan encontrar en nuestra obra o un esteticismo vacío, o un exotismo vacuo. Pero seguiremos reivindicando ese papel utilitarista de la literatura, una literatura comprometida con las exigencias de nuestras sociedades, pues, como escribió muy acertadamente Max Aub, la literatura o es pasión, o no es. Estética, sí; arte, sí; pero al servicio de nuestros pueblos, y no un deleite egoísta y solitario para el goce exclusivo de egoístas y solitarios.

Pese a todo, en los 22 años transcurridos desde la publicación de la *Antología de la literatura guineana*, la literatura producida por los guineanos ha adquirido entidad propia, y no sólo ya no suena a extraño, a un ejercicio de voluntarismo, sino que ha dado algunas obras relevantes. Prueba de ello es el interés que suscita entre los críticos y los medios intelectuales y académicos de muchas partes del mundo. Por ejemplo, en Camerún, donde, gracias al entusiasmo de ilustres profesores de la Universidad de Yaundé I, como Sosthene Onomo Abena, se van expandiendo los estudios sobre nuestra creación. Debemos tener en cuenta, a este respecto, que el hecho de que en Guinea Ecuatorial se hable español ha creado un verdadero interés por esa lengua en los países vecinos, Camerún y Gabón, donde abundan los estudiantes de español que se especializan en literatura de Guinea Ecuatorial, dentro de las cátedras de estudios hispánicos. Numerosas tesinas de licenciatura y tesis doctorales se realizan en ese marco, y todo indica que es un fenómeno en expansión. En Gabón, la profesora Gisele Avomo Mba es otra entusiasta estudiosa y difusora de nuestras obras. Lo mismo sucede en Costa de Marfil, Senegal, Madagascar, Sudáfrica y otros países, donde muchos profesores divulgan nuestra literatura, y sus estudiantes realizan trabajos críticos, siempre interesantes, sobre esta nueva realidad emergente, tan singular en el conjunto del África subsahariana.

Nos consta asimismo que en diversas universidades de Francia, y en Suiza, hay gente que trabaja sobre nuestra obra. En España, muchas cátedras de estudios post-coloniales de diversas Universidades, entre las que destacan las de Salamanca, Alicante, Vigo, León, la Central y la Autónoma de Barcelona y la UNED, se llevan a cabo investigaciones sobre esta nueva literatura nacional. Particularmente en Barcelona, es ya normal contar con autores guineanos en diversos congresos y otros acontecimientos culturales organizadas por entidades y asociaciones como Trans-Lit, que cada dos años reúne en la Ciudad Condal a autores de

literaturas periféricas. Todavía no hemos logrado salir de ese “gueto” “étnico” al que se nos relega, pero ya es importante que se nos tenga en cuenta.

También en Canadá, gracias a profesores como Dorothy Odartey-Wellington, de la Universidad de Guelph, en Ontario, se va expandiendo el conocimiento de nuestras realidades literarias.

El introductor de la literatura guineana en Estados Unidos es, indudablemente, el profesor Mbare Ngom, de la Morgan State University de Baltimore. Llevado por su inagotable curiosidad intelectual, Mbare tropezó en algún momento de su vida con mi *Antología*, y se puso en contacto conmigo dificultosamente, porque en aquellos momentos yo residía en mi país, bajo la férula de la segunda dictadura. Mbare y yo nos conocimos personalmente en Madrid, en diciembre de 1991, con motivo del I Congreso de Estudios Africanos en el Mundo Ibérico. Desde entonces estamos en contacto permanente, sobre todo desde que tuve que escapar de Guinea Ecuatorial para reiniciar el exilio, en 1994. Ese contacto continuo ha dado como fruto la publicación del libro *Literatura de Guinea Ecuatorial. Antología*, realizado a dos manos entre él y yo, publicado en 2000. En ese libro se traza un balance de la cuestión, poco después de cumplida una década de la aparición de la primera *Antología*.

A partir de la labor difusora (a través de numerosos artículos, conferencias, cursos y seminarios) del profesor Mbare Ngom, a quien los guineanos debemos estar especialmente agradecidos, se ha ido expandiendo el conocimiento de la realidad literaria de Guinea Ecuatorial por Estados Unidos. Y el conocimiento de esa realidad cultural ha traído como consecuencia un interés más general sobre el país. Hay muchísimas universidades de este país que ya se interesan por este fenómeno, y me resulta difícil enumerar las numerosas cátedras y profesores con los que mantengo contacto. Sin ánimo de excluir a nadie, diré, de forma somera, que la publicación del número especial de la “Afro-Hispanic Review”, en 2000,

inspirada por el profesor Marvin Lewis, entonces profesor de la Universidad de Missouri-Columbia y Director del Afro-Romance Institute, fue un hito importante en la difusión de la literatura guineana en Estados Unidos. Pocos meses antes, en mayo de 1999, dicho Instituto, junto al Departamento de Románicas de la Universidad de Missouri-Columbia, habían organizado un simposio sobre el tema, en el que participamos Juan Tomás Ávila Laurel y yo.

En ese encuentro tuve la oportunidad de conocer y entrar en contacto con un elenco de estudiosos, entre otros el profesor Michael Ugarte, cuya fe y cuya amistad me han traído aquí como profesor visitante de la Universidad de Missouri-Columbia. El profesor Ugarte ha tenido una influencia positiva y relevante en la difusión de mi obra y, en general, de la literatura de mi país: ha traducido al inglés mi relato “El sueño”, que aparecerá pronto en una prestigiosa publicación de la Universidad de Iowa, y acometió la tarea de verter al inglés mi primera novela, *Las tinieblas de tu memoria negra*, cuyo primer capítulo fue publicado por la revista “Raritan”, de New Jersey, no hace mucho tiempo. Paralelamente, diversos profesores de las más variadas Universidades, desde María Zielina Limota, de California, a Baltasar Fra-Molinero, de Maine, pasando por Susan Martín-Márquez y Benita Sanpedro, a los que agradezco de nuevo mi estancia aquí estos días, demuestran un interés creciente por nuestras propuestas literarias.

Sólo puedo añadir que, a la vista de todo ello, y a los 22 años de su nacimiento como concepto y realidad nacional, podemos considerar que la literatura guineana está saliendo del ostracismo, para emerger y buscar un sitio adecuado dentro del conjunto de las literaturas africanas y, por supuesto, dentro del marco de las literaturas hispánicas.

Lo demás depende de nosotros mismos, los creadores: seguir trabajando sin descanso, con la seguridad de que nuestras voces ya no quedan ahogadas en el mar de la indiferencia, sino que empiezan a tener entidad propia y son escuchadas en los ámbitos más diversos. Pero no por eso dormiremos sobre los laureles, pues queda lo más importante, y también lo más

arduo: aunque como escritores no estemos obligados a llevar a la práctica nuestros sueños, como ciudadanos sí podemos ponernos al lado de nuestros conciudadanos que sufren la miseria y la opresión, y, siendo partes de esa sociedad que padece un holocausto pavoroso y silenciado, conseguir que la libertad sea una realidad en nuestro país. Libertad que es nuestro oxígeno, pues sólo desde ella podemos escribir lo que deseamos escribir, para que nuestras obras no se dirijan exclusivamente al mundo exterior, sino a nuestra propia sociedad, su principal destinatario.